

VLADIVOSTOK



José Carlos Llop

VLADIVOSTOK

fórcola
Periplos

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

La emperatriz viuda Cixi de la dinastía Qing sentada en un sillón,
Hubert Vos, 1906

© José Carlos Llop, 2023
© Fórcola Ediciones, 2023
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-219-2023
ISBN: 978-84-17425-99-9
Imprime: Sclay Print, S. L.
Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.
Impreso en España, CEE. Printed in Spain



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PREÁMBULO

HAY CIUDADES que al nombrarlas estamos en ellas. Hay ciudades que al nombrarlas las inventamos según la medida de nuestros deseos. He ido a Vladivostok tantas veces como he escrito su nombre. En Vladivostok finalizaba el Transiberiano y me acuerdo de Blaise Cendrars. A Vladivostok huían los rusos blancos del horror soviético para escapar a Japón o a Estados Unidos. En Vladivostok se organizaban cacerías de renos en invierno y los chinos controlaban las mercancías clandestinas. Vladivostok era una ciudad imaginaria, con nieve en las calles, y casas de madera donde se jugaba al mahjong y se fumaba opio y había un samovar caliente junto a unas flores en copa de cristal.

Una de las grandes novelas de nuestra infancia fue *Miguel Strogoff*. El correo del zar debía entregar su carta en Irkutsk y nunca llegó a Vladivostok. Entonces –en el momento en que Verne escribió el libro– aún no pertenecía al Imperio ruso y mientras Irkutsk temblaba, Moscú se divertía. Suele ocurrir en las guerras; suele ocurrir antes de las revoluciones.

Hace algunos años, José Antonio Zarzalejos, entonces director de *ABC*, me citó en su despacho. Yo llevaba un tiempo colaborando en el periódico y en una conversación amable y salpicada de anécdotas madrileñas –la anulación de la suscripción por parte de la duquesa de Alba, por ejemplo, que consideraba que *ABC* estaba

dando un preocupante giro a la izquierda (*sic*)– me habló de su proyecto de recuperar la revista *Blanco y Negro* como suplemento dominical del periódico. Recordaba la revista encuadernada en piel en una de las librerías de casa de mis abuelos Eduardo y Emilia y una página en color con la pintura de un húsar cuyo caballo bebía en un río. Poco más pero suficiente –a mis abuelos les habría encantado– para aceptar la propuesta que José Antonio Zarzalejos me hizo al cabo de unos minutos: «He pensado en ti tras leer tus Terceras y me gustaría que todas las semanas escribieras el artículo de fondo de Cultura en la revista. Sólo habrá tres artículos de Opinión y el tuyo será uno de ellos, siempre relacionado con cualquier asunto que a ti te interese. Tendrás las manos libres para escribir sobre lo que quieras, relacionado con la cultura europea que es lo que vienes haciendo en tus Terceras, que, por cierto, continuarás publicando cada vez que quieras».

La propuesta no podía ser mejor y me iba a permitir algunos años –en periodismo nunca se conoce la duración de las cosas– de excedencia de la Biblioteca y dedicarme sólo a la escritura. Por supuesto le contesté que sí, que aceptaba y que cuándo empezábamos. Me habló de nueve meses, como un embarazo, y yo salí de su despacho más contento que unas Pascuas. Pero como Miguel Strogoff no llegó nunca a Vladivostok porque su destino estaba en Irkutsk, yo tampoco llegué nunca a *Blanco y Negro* –la revista ni siquiera llegó a recuperarse– y me quedé donde estaba, en las Terceras, con el apoyo, eso sí, entusiasta –él lo era–, de Santiago Castelo.

A José Antonio Zarzalejos lo despidieron de *ABC* y en los argumentos esgrimidos para ese despido, digamos

que la razón de la duquesa de Alba y algunos ataques radiofónicos, no fueron ajenos: su proyecto de transformación modernizadora del diario –en absoluto izquierdista, por cierto– no interesaba. Volví a recordar la imagen de aquel húsar de vuelta de la batalla, cuyo caballo bebía en la orilla de un río, y pensé en una escena de *Barry Lyndon* y en un recodo del Orinoco y un buque de vapor a la sombra de un gran ceibo, pintados por el modernista Blanes Viale. Siempre se acaba acudiendo al arte y la literatura, lo único que no es volátil. Continué en la Biblioteca sin pesar –mi trabajo funcional me ha dado una libertad que no hubiera tenido en otros– pero con cierta tristeza (pasajera: no hay que dar alas a lo que nos detiene) por la oportunidad perdida. Luego mandé un tarjetón a J. A. Zarzalejos agradeciéndole la confianza que había depositado en mí. Estaba escrito en mi destino –y disculpe el lector el arrebatado de grandilocuencia– que nunca viviría de la escritura, del mismo modo que el destino de Strogoff no era Vladivostok sino Irkutsk.

Continué escribiendo Terceras, cada vez más esporádicamente, Santiago Castelo murió y Alfonso Armada me ofreció simultaneárselas con una sección de necrológicas de escritores. Acepté hasta que un buen día abandoné las Terceras y abandoné también «Los Adioses», que era como se titulaba aquella sección de necrología literaria. No sé por qué lo hice; capítulo cerrado, supongo, y esa costumbre que conocemos bien los que vivimos lejos: ausencia de interlocutor.

Pero nada que nos haya proporcionado una cierta felicidad, o una felicidad cierta, llega a abandonarse nunca y siempre deja memoria. *Vladivostok* es la memoria de esos años en *ABC* convertida en un divertimento serio

sobre la cultura europea y sus ramificaciones, tanto en literatura como en el arte y en la vida. O por lo menos es lo que he pretendido al reunir estos textos: tejer la pequeña crónica de lo que vemos esfumarse ante nuestros ojos sin apenas resistencia. *Vladivostok*, por tanto, también es una forma de resistencia: el mundo fue así, no intenten engañarnos ahora con paparruchas y que el malvado Ivan Ogareff vuelva a ser derrotado, esta vez por el tiempo que es el único, ahora, en quien podemos confiar. Y ojalá el lector contemple *Vladivostok* como un diorama que nos recuerda algunos fragmentos de la civilización que hemos conocido. Bastará con mirar y entre la niebla aparecerán Aníbal y Mozart tomando café en Viena, la reina de Saba en el Parlamento Europeo, unas ostras en Lipp y el gran Bernard Frank, ciervos en el bosque, Salman Rushdie y Orhan Pamuk, el hotel La Louisiane y Albert Cossery, Leonard Cohen en Hydra, Brideshead y Andreotti en Casa Dante, los pájaros de Las Ramblas barcelonesas, Visconti y Modiano, el Imperio austrohúngaro...